

LA PERSONA Y SU MUNDO: LA CULTURA, LA MORAL, EL DERECHO Y LA SOCIEDAD FAMILIAR Y POLITICA

1. — Esencia de la persona.

La persona humana es una substancia completa, compuesta de cuerpo y alma, y espiritual por ésta. Esta substancia completa es subsistente, es decir, totalmente separada de toda otra en su ser o, en otros términos, una totalidad ontológica independiente en sí misma¹. Esta subsistencia es la noción genérica de persona, común a otras substancias materiales y espirituales. Una planta o un animal es un ser subsistente.

La diferencia específica del ser subsistente, que lo convierte en persona propiamente tal, es la espiritualidad, un ser enteramente superior e irreductible a la materia en su alma, que es la forma o acto del cuerpo, al que confiere también su esse o ser, y por ella llega el esse o acto de ser a todo el compuesto.

En síntesis, la esencia constitutiva de la persona es constituir un ser subsistente o cerrado ontológicamente en sí mismo, y a la vez espiritual. Por esta espiritualidad mediante la actividad intelectual y volitiva la persona está abierta al Ser trascendente divino, como meta o Fin de su vida.

La persona es un ser paradójal: cerrado e independiente en su ser ontológico y a la vez esencialmente abierto por su espíritu, a través de la inteligencia

¹ Del constitutivo de la subsistencia nos hemos ocupado ampliamente en el C. I de mi libro *Esencia y Vida de la Persona Humana*. Baste recordar que para Santo Tomás el *esse o acto de ser* es el constitutivo de la subsistencia, el que cierra y confiere independencia a la substancia completa. Aplicando esta doctrina al dogma de la Encarnación del Verbo, Santo Tomás afirma que la substancia humana de Cristo —su Humanidad— es subsistente por la Existencia del Verbo —por su *Esse*— y, por eso, sin dejar de ser hombre perfecto, Jesucristo es subsistente, aun como hombre, por la Persona divina, por el *Esse* de esta Persona. En una palabra, en Cristo hay dos substancias realmente distintas, una humana y otra divina; pero hay un solo *Esse*, que es el Verbo y, por eso, Jesucristo hombre es Dios por la subsistencia o persona divina o la existencia o *Esse* del Verbo.

*y de la voluntad libre, al ser trascendente, y, en definitiva, a la Verdad, Bondad y Belleza infinita del Ser de Dios, como su Fin trascendente infinito y divino*².

2 — La vida de la persona.

Si consideramos la persona en su actividad vital veremos que ella está abierta por todas las dimensiones de su espíritu al ser trascendente, al Ser divino en última instancia, como Bien supremo de sus aspiraciones.

La persona, por su inteligencia no sólo aprehende o conoce la verdad del ser trascendente del mundo y del mismo Ser de Dios, sino también el ser o verdad propia. De todos los seres materiales del mundo, por su espíritu la persona humana es el único ser que aprehende su propio ser o verdad, el único ser que es y que sabe que es, que tiene conciencia de sí, que se conoce a sí mismo. “¡Que miserable es el hombre: una caña que piensa y que una gota de agua puede matarlo; pero el hombre sabe que es miserable, tiene conciencia de sí, y esa es su grandeza!” (Pascal). Ningún otro ser material posee esta grandeza de conocerse a sí mismo.

Todos los seres materiales son, pero no saben que son. Sólo en el conocimiento espiritual de la persona, llegan a tener conciencia de su ser, a la vez que la misma persona logra la conciencia de sí: de que ella es y sabe que es y que sabe que las cosas son. Más aún, sólo ella es capaz de preguntar por el ser o esencia de las cosas, qué son ellas y cómo están constituidas, y también es capaz de preguntar sobre su propia esencia.

Si prescindimos de Dios, de no existir el hombre, el mundo sería como si no fuese, pues no tendría conciencia de sí, no sabría que es. Únicamente por el hombre y desde el hombre el mundo llega a saber que es, logra un nuevo ser, como objeto conocido en la actividad intencional de la inteligencia. Por eso, dice Santo Tomás que “el intellectus quodammodo fit omnia”: “la inteligencia se hace o se identifica intencionalmente en el seno de su acto, con todo el universo”.

² Por haber confundido ambos planos: el de la subsistencia y el de la espiritualidad de la persona, Nédoncelle critica injustamente a los personalistas, porque la persona, dice él, no está cerrada sino abierta al ser trascendente y, al Ser divino. Cosa que ningún personalista niega. Lo que olvida Nédoncelle es la realidad independiente ontológicamente del ser subsistente.

3. — Las dimensiones de la actividad espiritual de la persona.

Por la inteligencia la persona no sólo es el único ser del mundo que sabe que las cosas son y sabe a la vez que ella es sino que ella puede preguntar por el ser de aquéllas y de ésta.

Por su voluntad se abre también al ser trascendente, como bien. Ella puede apetecer el bien de las cosas y, en definitiva, no descansa hasta alcanzar el Bien infinito de Dios.

Abierta al ser o verdad trascendente por la inteligencia y, a través de ella, por la voluntad, apetece ese mismo ser como bien, que la actualiza o perfecciona y, en última instancia, apetece el Bien infinito de Dios, como Fin supremo de su apetencia, que le confiere la plenitud de su ser.

Del mismo modo a través del ser o verdad aprehendida por la inteligencia, ésta se abre a la aprehensión de la belleza trascendente de las cosas, y en última instancia, a la Belleza de Dios.

Como se ve, por todas las dimensiones o actividades del espíritu, la persona humana está esencialmente hecha para Dios. Así lo recuerda el Concilio Vaticano II. en G. S. (N. 19).

Si preguntamos a un sabio —a Pasteur, por ejemplo— qué busca, dirá: la verdad. Pero nunca está contento con la verdad lograda, siempre quiere nuevas verdades o nuevos aspectos de la misma, porque lo que él consciente o inconscientemente busca es la Verdad infinita de Dios. De hecho Pasteur, enfermó, seguía trabajando en busca de nuevas verdades para curar o aliviar las enfermedades de los hombres.

Si preguntamos a San Francisco —el hombre que tal vez más se ha asemejado a Cristo— qué buscaba, responderá el bien, la santidad que nunca acababa de alcanzar, porque él intentaba alcanzar la santidad sin límites que únicamente se puede alcanzar en el cielo.

Si interrogamos a Miguel Angel —sin duda el artista más grande de la historia— qué intentaba, respondería aprisionar la belleza en el lienzo, en la piedra o en la estructura de una construcción. Pero en su larga vida, desde la Pietá del Vaticano, a los 24 años, hasta la Pietá de Santa María dei Fiore

de la Catedral de Florencia, a los 83 años, después de haber pintado la Capilla Sixtina y esculpido el Moisés y otras maravillosas estatuas, nunca estuvo contento ni satisfecho con sus extraordinarias obras artísticas, porque la belleza que él buscaba era la Belleza infinita, sólo alcanzable en la eternidad.

De ahí que el genio de Hipona, San Agustín, después de haber intentado satisfacer sus ansias de felicidad "en las cisternas rotas" del amor y del placer humano, ya de retorno a Dios, se expresa hermosamente: "Fecisti nos, Domine, ad te, et quomodo est irrequietum cor nostrum donec requiescat in te"; "Nos hiciste, Señor, para Ti, y cómo está inquieto nuestro corazón hasta descansar en Ti" (Conf. I, 1).

(Continuará)

MONS. DR. OCTAVIO N. DERISI